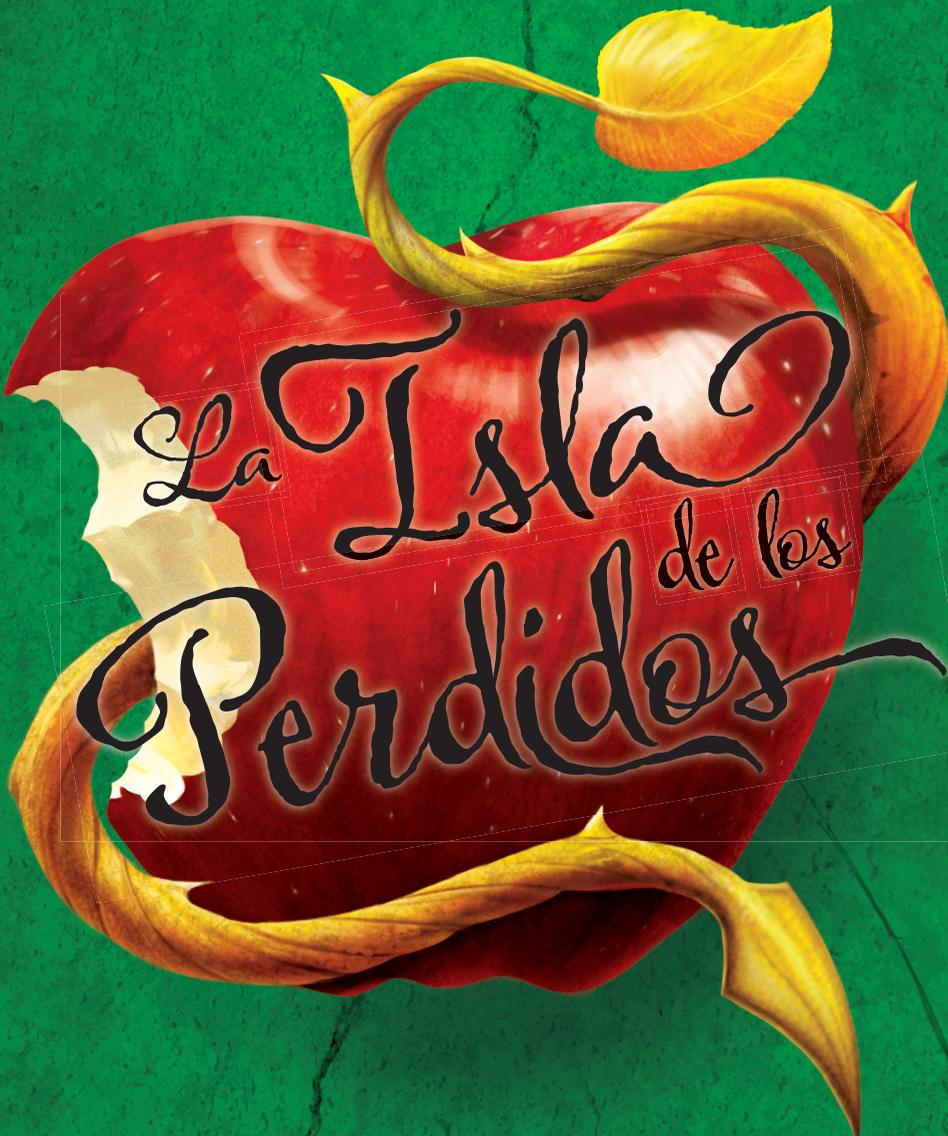


MELISSA DE LA CRUZ



La Isla
de los
Perdidos

UNA NOVELA DE LOS DESCENDIENTES



La Isla
de los
Perdidos

© 2015 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© de esta edición: Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: julio de 2015
ISBN: 978-84-9951-692-9
Depósito legal: B. 11.842-2015
Impreso por Egedsa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



capítulo

1

*Ésta es la historia
de un hada malvada...*

«**T**engo que estar soñando —se dijo Mal—. Esto no puede ser real.» Estaba sentada a la orilla de un hermoso lago, en el suelo empedrado de un antiguo templo en ruinas, comiendo una exquisita fresa. El bosque que la rodeaba era verde y frondoso y el sonido del agua que fluía bajo sus pies era suave y relajante. Incluso el aire era dulce y fresco.

—¿Dónde estoy? —preguntó en voz alta mientras alcanzaba unas uvas gordas de la fabulosa merienda que tenía preparada delante.

—Pero si ya llevas días en Áuradon y éste es el Lago Encantado —contestó el chico que estaba sentado a su lado.

Ella no se había percatado de su presencia hasta que habló,

pero cuando lo vio, deseó no haberlo hecho. El chico era lo peor de todo aquello, fuera lo que fuese «aquello»; era alto, con el pelo de color miel y despeinado, y guapo a rabiar, con la clásica sonrisa que conquistaba corazones y que embelesaba a todas las chicas.

Pero Mal no era como todas las chicas y empezaba a sentirse aterrorizada, como si estuviera atrapada. Y precisamente en Áuradon. Y eso quizá no era un sueño...

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Eres una especie de príncipe o algo parecido?

Miró de reojo su elegante camisa azul bordada con un pequeño blasón dorado.

—Ya sabes quién soy —respondió el chico—. Soy tu amigo.

Mal se sintió aliviada de repente.

—Entonces seguro que es un sueño —dijo ella con una astuta sonrisa—. Porque yo no tengo amigos.

La decepción se dibujó en la cara del chico, pero antes de que pudiera contestar, una voz retumbó en el tranquilo paraje, nubló los cielos y agitó las aguas contra las rocas.

—¡TONTOS! ¡ESTÚPIDOS! ¡IMBÉCILES! —resonó.

Mal se despertó con un sobresalto.

Su madre volvía a estar gritando a sus súbditos desde el balcón. Maléfica gobernaba la Isla de los Perdidos igual que hacía con todo: con miedo y odio, por no hablar de su nutrida cantidad de secuaces. Mal estaba acostumbrada a los gritos, pero resultaban un despertar de lo más desagradable. Cuando apartó con los pies las sábanas de raso moradas, el corazón todavía le latía con fuerza por la pesadilla.

¿Qué demonios hacía ella soñando con Áuradon?

¿Qué tipo de magia oscura había mandado a un guapo príncipe para que hablara con ella en sueños?

Mal sacudió la cabeza y se estremeció, en un intento de borrar la horrible visión de aquellos hoyuelos de su sonrisa, y la reconfortó el familiar sonido de los aldeanos atemorizados que rogaban clemencia a Maléfica. Contempló su habitación, aliviada por saber que estaba en el lugar adecuado, en su enorme y chirriante cama de hierro forjado, con gárgolas en los postes y un dosel de terciopelo que colgaba tanto que parecía que se le iba a caer encima. La habitación de Mal siempre era sombría, como la isla, siempre gris y nublada.

La voz de su madre tronó desde el balcón y, al vibrar el suelo de la habitación, se abrió de repente la cómoda lacada de violeta y todo su contenido morado se desparramó por el suelo.

Cuando Mal se decidía por un patrón cromático, lo seguía a rajatabla y ella se había sentido atraída por la intensidad gótica de los tonos del espectro morado. Era el color del misterio y de la magia, temperamental y tenebroso, y no el clásico negro de la típica ropa de los villanos. El morado era el nuevo negro, según Mal.

Cruzó la habitación pasando por delante de su majestuoso armario irregular que dejaba a la vista todas las fruslerías recién robadas en las tiendas: baratijas de cristal tallado, pañuelos de colores metálicos brillantes con flecos, guantes desemparejados y todo un abanico de frascos de perfume vacíos. Si apartaba las gruesas cortinas, desde su habitación podía ver toda la isla en su monotonía.

«Hogar, estrafalario hogar.»

La Isla de los Perdidos no era una isla muy grande; para algunos no era más que una mota o una mancha en el paisaje, evidentemente más marrón que verde, con un conjunto de chozas descuidadas con tejado de latón y casas construidas unas sobre otras, en constante peligro de derrumbarse en cualquier momento.

Mal contemplaba ese monstruoso suburbio desde el edificio más alto de la ciudad, un antiguo palacio majestuoso con altísimas agujas que en la actualidad se había convertido en la andrajosa, decadente y desconchada ubicación del inigualable Castillo de las Gangas, donde podían encontrarse túnicas de hechicero «un poco» usadas de todos los colores y donde los sombreros de bruja «un poco» combados siempre estaban a mitad de precio.

También era el hogar de hadas «más que un poco» malas.

Mal se quitó el pijama y se puso una cazadora de piel de lo más ingeniosa con un toque de rosa en un brazo y de verde en el otro, y unos vaqueros rasgados de color ciruela seca. Se puso con cuidado los mitones y se ató las maltrechas botas militares. Evitaba mirarse al espejo, pero de hacerlo habría visto a una chica guapa y bajita, con un destello de maldad en sus penetrantes ojos verdes y una tez pálida, casi transparente. La gente siempre comentaba lo mucho que se parecía a su madre, normalmente antes de salir corriendo, gritando, en dirección contraria. Mal disfrutaba de aquel miedo, incluso lo buscaba. Se peinó los mechones lila con la palma de la mano, cogió su cuaderno y lo metió en la mochila junto con unas latas de pintura en spray que siempre llevaba consigo. La ciudad no iba a llenarse de pin-

tadas solita, ¿no? En un mundo mágico perfecto sí, pero ése no era el caso.

Los armarios de la cocina estaban vacíos como siempre, en la nevera no había más que jarras de cristal llenas de ojos y todo tipo de líquidos mohosos de dudosa procedencia —todo ello parte de los constantes intentos de Maléfica por crear pociones y hechizos como antes—, así que Mal cruzó la calle para desayunar, como siempre, en el Bar Bazofias.

Estudió las propuestas de la carta: café negro como tu alma; café con leche agria; tortitas crujientes de avena con manzana harinosa o plátano blando; y cereales rancios variados, secos o húmedos. Nunca había demasiadas opciones. La comida, o las sobras, más bien, procedían de Áuradon (lo que no era suficientemente bueno para esos esnobs lo mandaban a la isla). ¿La Isla de los Perdidos? Más bien la Isla de las Sobras. De todos modos, a la gente tampoco le importaba mucho. La nata y el azúcar, el pan del día y las piezas de fruta perfectas no curtían a nadie. Mal y los demás villanos proscritos preferían ser secos y duros, por dentro y por fuera.

—¿Qué quieres? —preguntó un duende gruñón, esperando a que Mal pidiera.

En el pasado, esas criaturas asquerosas habían sido soldados rasos en el ejército de las tinieblas de su madre, mandados sin piedad por el mundo en busca de una princesa escondida; pero ahora sus tareas se veían reducidas a servir cafés más amargos que la hiel de sus hígados, en tazas pequeñas, medianas y grandes. La única diversión que les quedaba era la de escribir inexorablemente

mal el nombre de los clientes en el lateral de las tazas. (La broma sólo la entendían los duendes, ya que casi nadie podía leer su idioma, pero a ellos les daba igual.) Seguían culpando de su reclusión en la isla a su lealtad hacia Maléfica y todo el mundo sabía que continuaban pidiendo una amnistía al rey Bestia valiéndose de sus frágiles vínculos familiares con los enanitos para demostrar que no pertenecían a ese lugar.

—Lo de siempre, y hazlo rápido —dijo Mal, repiqueteando con los dedos en el mostrador.

—¿Te apetece también leche de hace un mes?

—¿Tengo pinta de querer una cuajada? ¡Dame el café más fuerte y negro que tengas! Pero ¿dónde estamos, en Áuradon?

Era como si el duende hubiera visto sus sueños, y la idea la ponía enferma.

La escuálida criatura gruñó, moviendo el forúnculo de la nariz, y le pasó una taza oscura y turbia. Ella la cogió y salió corriendo sin pagarla.

—¡MOCOSA! ¡TE HERVIRÉ EN LA CAFETERA LA PRÓXIMA VEZ! —chilló el duende.

Mal se desternillaba.

—¡Antes tendrás que pillarme!

Los duendes nunca aprendían la lección. Nunca llegaron a encontrar a la princesa Aurora pero, claro, hay que decir que los muy zopencos habían estado buscando a un bebé durante dieciocho años. No era de sorprender que Maléfica siempre estuviera frustrada. Qué difícil era encontrar buenos empleados en esa época.

Mal siguió su camino y se detuvo para sonreír con superioridad ante el póster del rey Bestia en que exhortaba a los ciudadanos de la isla a portarse bien con el mensaje ¡SED BUENOS! ¡PORQUE ES BUENO PARA VOSOTROS!, con esa tonta corona amarilla en la cabeza y esa amplia sonrisa en la cara. Era sumamente repugnante y bastante agobiante, al menos para Mal. Quizá la propaganda de Áuradon se le estuviera metiendo en la cabeza; quizá por eso había soñado esa noche que jugueteaba en una especie de Lago Encantado con un príncipe presumido. Se estremeció sólo de pensarlo. Dio un sorbo a su café fuerte e hirviendo. Sabía a barro. Perfecto.

En cualquier caso, tenía que hacer algo con aquel vividor de la pared. Mal sacó las latas de espray y pintó bigote y perilla al rey; luego tachó su ridículo mensaje. Al fin y al cabo el rey Bestia era quien había encerrado a todos en la isla. Ese hipócrita. Tenía algunos recados para él, todos ellos con algo de venganza.

Ésta era la Isla de los Perdidos. El mal estaba vivo, respiraba y gobernaba la isla, donde no tenían cabida ni el rey Bestia ni sus empalagosos carteles para convencer a los antiguos villanos del mundo de que fueran «buenos». ¿Quién quería limones para hacer limonada si podían lanzarse como perfectas granadas de limón?

Junto al póster pintó en negro el perfil de una cabeza con cuernos y una capa abierta. Encima de la silueta de Maléfica garabateó ¡EL MAL ESTÁ VIVO! en un verde intenso, como la baba de duende.

Un acto malo. Malísimo. Y eso era mucho mejor.